

Un decreto patriarcal

Vidal Ferreyra Videla

Nuevamente nos ofrece el doctor Santa Pinter sus notas de viajero observador, referidas esta vez a algunos aspectos que llamaron su atención durante uno meses de residencia en el próspero y progresista Canadá

Habían llegado pliegos desde Córdoba en el reciente correo.

Para el señor Juez Pedáneo, para el señor Cura, para el señor Director de la escuela, para algunos vecinos.

Pliegos, como se intuye, de carácter oficial, unos, y de carácter estrictamente particular, otros.

¿Qué no dirían éstos, de parientes y amigos que, a través del tiempo y la distancia, trataban de aminorar la soledad de seres queridos, allá en un pueblecito que era núcleo prestigioso por muchos de sus componentes, pero cuya ubicación lo aproximaba a los límites de la llanura bárbara?

¡Cuántas efusiones, cuántas memorias, en la ceñida expresión de las palabras mensajeras!

Ahí van de casa en casa, trasmitiendo y complementando noticias, dando abrazos, riendo y llorando, según el tenor del mensaje o la tensión de la fibra conmovida.

Dejémoslos libar esos sabrosos decires, dejémoslos remirar esas hojas confidentes, dejémoslos conservando hasta las obleas, en la idea de que cada parte del envío pudiera ampliar los comentarios y expresiones.

Dejemos a los buenos vecinos con las nuevas recibidas, y vámonos tras el con-

tenido de los pliegos oficiales, que ya andan rumores acerca de uno de ellos. Pero son tan varios, tan dispares, tan inusitados, que unos afirman, otros niegan, todos hablan y ninguno se entiende. Hay corrillos en la plaza, en el pretil de la iglesia y en las proximidades de la casa Comunal.

Si nos acercáramos, podríamos captar parte, a lo menos, de aquellos diálogos, ya que la tiesura y modalidad de aquellos señores lo reservan para ellos, y no dejarían trascender sus sentimientos y opiniones, si no a sus pares y de su sólita confianza.

—Nunca el señor Sobremonite tomó resolución semejante.

—Y que, con ser de él, todos hubiésemos pensado lo mejor.

—Habremos de pensar ahora, sin embargo, que razones tendrá el Señor Gobernador para obrar como obra.

—Ya iba para largo este pleito y nadie se ejemplarizaba con él.

Tales eran algunas de las expresiones que aquellos señores, con mesura y compostura, iban hilvanando en torno al contenido —que nadie sabía a ciencia cierta cómo había trascendido— del pliego que recibiera el señor Juez Pedáneo.

Y seguían los diálogos:

—Harto deficiente queda la autoridad de Montenegro ante sus alumnos que le saben malquisto con Zeballos.

—Y harta paciencia ha tenido Zeballos, que no usó de su autoridad y la contuvo en pro y beneficio de la paz.

—Viene en buena hora, a lo que se ve, el pliego que dicen y la discreta resolución superior, si con ello ha de volver el vecindario a encontrar la concordia.

* * *

Eran en ese año de 1815 Jueces Pedáneos de Villa del Rosario, pueblo en que se desarrolla el suceso que vamos refirien-

do, don José Antonio Zeballos y don Tiburcio Alvarez.

Don Juan Tomás Montenegro, el que ha nombrado un vecino en el diálogo que hemos transcripto más arriba, era el maestro de la escuela local.

Si Alvarez y Zeballos tenían el predicamento de su autoridad, Montenegro se engolaba con su dictado de maestro.

Por motivos baladíes Zeballos y Montenegro habían llegado a una gran tirantez en sus relaciones, y ello culminó a causa de un episodio político en que Montenegro habría manifestado simpatías realistas que la autoridad criticó y previno.

A la sazón era Gobernador de la provincia de Córdoba don José Xavier Díaz, quien había sido informado de lo ocurrido.

En tal virtud, proveyó y manifestó a Zeballos que “ha resuelto cortar de raíz esas disensiones...”, y toma para ello las providencias que estima convenientes, dirigiéndose al Juez don Tiburcio Alvarez, en oficio del siguiente tenor:

“Habiéndome propuesto establecer una buena armonía entre todos mis provincianos, cortando y sofocando en cuanto estuviere de mi parte, las disensiones que dimanen de pura rivalidad de personas y familias.

Consiguiente a este loable principio, deseo reconciliar, si posible es en el grado de una perfecta amistad, la división que advierto con no poco sentimiento mío, entre el Pedáneo Don José Antonio Zeballos y Don Juan Tomás Montenegro, con alguna culpabilidad de parte de éste.

A efecto, pues, de ver realizado este designio, prevengo a Vd. que llamando a su casa al expresado Don Juan Tomás

Y haciéndole presente mis suaves y equitativas razones, lo lleve personalmente a la del expresado Pedáneo Zeballos, por exigirlo así la representación de éste y la culpabilidad que se advierte en Mon-

tenegro, no a improperarse de voces descompasadas, en cuyo caso los corregirá Vd. con severidad, sino a que mutua y recíprocamente depongan sus sentimientos e injurias y den con su conciliación una prueba de los efectos de mis fraternales medidas y miras.

Dándome cuenta de haberse así verificado para no obligarme a providencias circumscriptas que deseo evitar.

Dios guarde a Vd. muchos años.

Córdoba, 14 de Abril de 1815.

JOSE XAVIER DIAZ.

Este era el oficio motivo de los comentarios que ya conocemos. Don Tiburcio ha leído una y otra vez el pliego y lo ha puesto, como si dijéramos, sobre su cabeza.

Habló a sus íntimos, entre ellos el señor Cura Don Felipe Ferreyra, como en confianza, como en consejo, y de inmediato se dió a cumplimentar la resolución.

El mismo nos dirá, en el informe que eleva al Superior Gobierno, la forma, términos y resultados de su gestión:

"Villa del Rosario y Mayo 8 de 1815.

Impuesto del Orden que antecede del Excelentísimo Señor Superior Director de Nuestra Provincia y en virtud de cumplir con lo mandado, pasé a la casa del Nota-

rio del lugar Don Juan Tomás Montenegro, a quien, en su persona, le hice entender todo lo contenido, y en consecuencia de ello contestó diciendo que obedecía en todas sus partes a lo prevenido por la autoridad, y que, por su parte, no pretendía renovar ni hacer recuerdo de los asuntos precedidos entre él y el Pedáneo Don José Antonio Zeballos.

En cuyo estado pasé igualmente con el expresado Don Juan Tomás Montenegro a casa del referido Pedáneo.

A quien en igual forma le hice entender todo lo dispuesto por su Excelencia.

Y en aquel acto tuvieron el uno al otro sumisas contestaciones.

De las cuales resultó de darse entre ambos una verdadera reconciliación.

Y, en prueba de ello y de afirmarse una recíproca amistad, se dieron las manos.

Cortando con esto sus antiguas discordias.

En cuya atención lo firmaron juntamente conmigo en el día de la fecha.

Tiburcio Alvarez. — José Antonio Zeballos. — Juan Tomás Montenegro.

Así terminó este disenso, y el vecindario volvió a su tranquilidad habitual.

Las horas siguieron dando sus alongados toques monitores en la espadaña de la Iglesia parroquial, y parecía esparcirse desde su eminencia una beata quietud...

LA CRISIS DE LA FAMILIA (conclusión de pág. 21)

los conocimientos científicos y filosóficos superiores se permite una enseñanza disidente con la estatal. Para decirlo con una sola palabra, nuestra educación es hoy totalitaria. ¿A qué ha quedado reducida la libertad de enseñar y aprender, estampada como garantía fundamental en la Constitución?

Se me preguntará qué tiene que ver esto con la crisis de la familia. Lo tiene y mucho. Lo formativo está ausente; nues-

tra juventud está recibiendo una instrucción puramente técnica (y aún en este aspecto deficiente) que le desenvuelve un sentido materialista de la vida. Carece del concepto del deber. Su espíritu no está preparado para resistir las molestias de la convivencia conyugal, los sacrificios que demandan los hijos. En el fondo de la crisis de nuestra familia (como en el de otros grandes problemas nacionales de orden moral) está palpitando el gran fracaso de nuestro sistema educacional.